

1.1 - QUE HAYA LUZ - Sobre la Deidad - La Respiração de la Creación

Al principio, no había nada.

Hasta que, de repente, surgió algo.

Desperté a la conciencia en medio del VacíoEterno, una sola alma flotando en medio de la verdadera nada. Mi mente estaba lenta, fragmentos de recuerdo escondidos en la neblina que nublaba mis pensamientos, aunque inalcanzables por igual. Lo que quedaba eran instintos, emociones indecifrables y la sensación de un poder bruto brotando de alguna fuente invisible dentro de mí. Mis instintos me gritaban que usara ese poder, la comezón de hacer... algo casi abrumadora. Pero me resistí.

En cambio, dirigí mi mirada a la única forma de sustancia en el vacío vacío: a mí mismo.

Dentro del Vacío, verdaderamente no había nada. Sin distancia, sin sensación, sin vista ni tacto, ni siquiera el paso del tiempo. Todo eso existía dentro de los límites de mi propia alma; sin embargo, me encontraba explorando los contornos y pliegues de mi ser, filtrando a través de la neblina de mi limitada conciencia hasta los bordes mismos de mi existencia. Era extraño poder escuchar el funcionamiento de mi ser, pues mis alrededores estaban completamente inertes. Todo latía en una extraña armonía, resonando en unos oídos que no poseía.

Solo después de memorizar suficientemente la forma de mí mismo, la llamada del instinto se volvió insoportable, y la urgencia de usar ese poder desbordante para crear volvió a surgir en mi mente.

Pero, mientras permanecía allí en el Vacío, llegué a entender algo. Alguna parte de mí sabía que debía anhelar la sensación, el calor, la sustancia. Que debía desear un cuerpo, o luz — cualquier cosa en absoluto. Pero eso no era lo que ansiaba. Más que nada, sentía...

SOLO.

El poder en mi interior se intensificó, y de repente fui rodeado por miles de millones de pequeñas partículas. Partículas que, al examinarlas más de cerca, se revelaron como diminutas almas. El calor y la emoción florecieron en mí al dirigir mi alma hacia adelante, para alcanzar y tocar esas pequeñas almas, solo para que las que me rodeaban se desintegraran en la nada, incapaces de soportar el peso de mi existencia. En un instante, retrocedí con cautela, observando con duda.

Las almas danzaban a mi alrededor como polvo en un rayo de sol, viviendo en una línea delgada entre mi alma y el Vacío. Mi presencia las protegía del Vacío, que, si se acercaban, buscaría devolverlas a la nada. Pero demasiado cerca, y el peso de mi existencia las destruiría.

La insatisfacción creció en mi interior. Quería compañía. Las almas que había creado seguían siendo maravillosas y hermosas, pero yo necesitaba... quería... ellas debían ser...

MÁS.

Esta vez, la oleada de poder fue mayor, y se dirigió a coalescer en cuatro nuevas almas. Eran mucho más grandes que las otras, aunque aún menores que yo, y se movían curiosas explorando su nuevo entorno. En el sentido más literal de la palabra, esas eran mis hijos. Sentía fragmentos de mi propio ser en su interior — lo cual también era cierto para todas las almas que había creado, pero doblemente para las cuatro mayores — que estaban siendo rápidamente absorbidas y transformadas en personalidades distintas. No eran aspectos de mí mismo, sino seres propios, tal como yo había deseado.

No me rodearía de marionetas ni autómatas.

Una de ellas se acercó más, trepando sobre mí como lo haría un niño con un padre. Solté una risa, y las otras tres pronto siguieron su ejemplo, explorando lo poco que podían de su entorno. Sin embargo, pronto se cansaron del juego, y mi estado nebuloso de conciencia resultaba poco entretenido para ellas. En un acto de audacia repentina, una alma que tomaba una forma claramente sinuosa se alejó de mí antes de que pudiera reaccionar, dirigiéndose hacia el Vacío.

Un viento atravesó el delicado velo de almas diminutas, lanzándose hacia el Vacío — solo para retroceder de un sobresalto, volviéndose rápidamente a mi lado en busca de seguridad. El Vacío la había mordido al abandonar mi protección, devorando una pequeña porción de su alma, la cual sanó rápidamente bajo mi influencia. Un torrente de alivio me invadió al ver a mi hijo acurrucarse cerca, curando la migraña provocada por el agudo mordisco del Vacío.

Allí había una lección que aprender, lo sabía, pero... bueno. Parecía que incluso mis hijos no poseían mi capacidad de sobrevivir al Vacío. Necesitaban algo más. Algo... más seguro. Necesitaban un...

HOGAR.

Una explosión de sensaciones salió de mí en todas direcciones, expandiéndose rápidamente como caos primordial, los ingredientes crudos de la creación, que surgían de repente. La sensación regresó a mí en un torbellino, viendo, escuchando y tocando en una mezcla vertiginosa. Mis hijos se estremecieron ante la intensidad de todo, y extendí pequeños tentáculos de poder para consolarles. Se acurrucaron en mi tacto, encontrando refugio en lo familiar.

Por un tiempo, permanecimos así. Hasta que, finalmente, reunieron valor para explorar.

La más pequeña de las cuatro lentamente se apartó de mi contacto, extendiendo su energía para jugar con el caos primordial, vibrando de emoción por las sensaciones que le producía. Impulsados

por las acciones de su hermana menor, los otros tres también se aventuraron, revoloteando en las energías nebulosas y en la materia que constituían los cimientos de toda creación. Rieron y persiguieron unos a otros, sus sonidos y movimientos calmando el núcleo de mi ser. La necesidad de crear seguía presente, pero... por ahora, me sentía satisfecho. Compañía. Sensación. Y mis hijos, todavía almas desnudas como eran, eran adorables.

Un tirón repentino en mi existencia llamó mi atención a un lado, donde dos de mis hijos esperaban ansiosos para mostrarme los frutos de su juego. Uno se había cubierto con un poder de blanco, feroz y demandante de atención, formando alas toscas que podía controlar con un pensamiento. El otro giraba un nebuloso y sutil negro a su alrededor, como un manto, más discreto en su naturaleza, pero no menos llamativo que el blanco. Curiosamente, ninguno había elegido elementos físicos, y observé cómo los poderes comenzaban a infiltrarse en el núcleo de sus seres, fusionándose con ellos. Sonreí.

“Eso es maravilloso,” dije, mi voz resonante y desconocida incluso para mis oídos, al extender la mano para tomar los poderes con los que jugaban. “¿Puedo ayudarles?” Los dos parecían no entender mi pregunta, pero una afirmación emanó de ellos igualmente. Con mi ayuda, los poderes de negro y blanco comenzaron a formar figuras reales en lugar de limitarse a girar alrededor de mis hijos, condensándose en cuerpos verdaderos, guiados por recuerdos que no podía recordar y por sus propios deseos internos.

La pequeña de blanco adquirió una forma claramente femenina, con rasgos delicados, largo cabello rubio y seis alas blancas y brillantes que emergían de su espalda. Sus ojos brillaban en un hermoso blanco, llenos de curiosidad y energía, sus músculos flexionándose mientras probaba sus nuevas extremidades con entusiasmo desbordante. Dos colas a modo de látigo, con plumas en sus puntas, azotaban el caos detrás de ella, y su emoción era palpable. Con solo un pensamiento, creé ropajes blancos y dorados que se envolvieron en torno a su figura, mientras mi hija me sonreía radiante.

En cambio, la de negro asumió una forma masculina. Su piel, bronceada y definida, caía en ondas hasta sus hombros. Como su hermana, dos alas emergían de su espalda, aunque las suyas eran de cuero y negras. Cuernos grises se enroscaban en su frente, y una colosal y musculosa cola, cubierta de escamas ónix, se curvaba silenciosa alrededor de sus pies. Él también observó su nueva apariencia con asombro, mirando hacia arriba con ojos oscuros llenos de demasiadas emociones y compasión. Creé ropajes negros y dorados para él, los cuales inspeccionó con tanto interés como su nuevo cuerpo.

—Adelante, diviértanse—Insistí. Los dos me sonrieron, luego entre ellos, y rápidamente se lanzaron al caos, mientras yo volvía mi atención hacia mis otros dos hijos. Parecían observar con fascinación, pero sin saber muy bien cómo actuar.—¿Quieres—comencé, pero una explosión de poder detrás de mí me interrumpió. Instintivamente, protegí a mis otros dos hijos, así como a las innumerables almas menores aún cercanas, mientras en el centro del caos primordial que había creado, se formaban en espiral dos reinos, uno blanco y otro negro.

Mis dos hijos, por supuesto, estaban en el centro. Solo un segundo aparto la vista de ellos. Susurré con buen humor, más divertirme que preocuparse, al darme cuenta de que sus poderes no eran

nocivos en absoluto. El niño estaba en medio del negro, cavando con sus manos y formando grandes remolinos en el centro. Parecía decidido a hacer el agujero más grande posible, mientras su hermana hacía exactamente lo opuesto. Ella jugaba en medio del blanco, desplazándose en un solo latido de sus grandes alas hacia los bordes, levantando enormes puñados del poder blanco y depositándolos en el centro del nuevo reino. Parecía querer construir la mayor “castillo de arena” posible, mientras su hermano cavaba un hoyo.

Niños. ¡Oh, cómo los envidiaba!

El problema era que los dos reinos de poder parecían... inestables. Desequilibrados. El blanco y el negro chocaban, mezclándose y no mezclándose, enviando temblores enormes por cada reino y deshaciendo gran parte del trabajo que mis hijos habían realizado. Pero, por ahora, todo estaba en calma, y volví la mirada hacia los otros dos.

Uno se cubrió —ella, en realidad, pues intentaba imitar a su hermana con una forma claramente femenina— con lo que solo puedo llamar corporalidad. Elementos giraban a su alrededor en un baile caótico, la esencia de la vida impregnando su figura. Su otro hermano, observé, había decidido no seguir los pasos de sus hermanas. Ya su alma había adoptado una forma más sinuosa que las otras, pero ahora la envolvía un poder que, por su propia naturaleza, era misterioso, acechando bajo las demás, sosteniendo y saturando todas las cosas. Era lo que formaba las almas y espíritus, y componía ese reino que ocupaban.

Primero concentré mi atención en la niña, formando su cuerpo con un pensamiento. La niña era hermosa, como su hermana, aunque muy distinta. Su piel era tan oscura como la tierra fértil, su cabello verde como musgo fresco. Flores formaban una pequeña corona en su cabeza, y cuernos, que ramificaban como los de un alce, brotaban de su frente. Con un movimiento de mi mano metafórica, un vestido de hojas verdes cayó sobre su figura. Ella abrió los ojos —llenos de todos los colores del arcoíris— parpadeando con expresión de búho, y miró hacia abajo, observándose. Con un giro coqueto para hacer ondear su vestido, se rió, me sonrió con serenidad, se inclinó y rápidamente se fue a unirse a sus hermanos en su juego.

Me volví hacia el último de mis hijos, tarareando una canción para mí mismo mientras le daba el mismo regalo que a los otros. La fuerza no le otorgó una forma humana, como había esperado. En su lugar, se transformó en algo que no era menos que un dragón. Su cuerpo cubierto de escamas blancas, doradas y plateadas, sus cuernos largos y retorcidos, su hocico grande y poderoso. Sus ojos estaban llenos de profundidad y significado, con bigotes que se movían desde la punta de su gran hocico. Sin embargo, a pesar de su aspecto imponente, me acarició con una ternura pura, envolviendo sus cortos brazos dracónicos en torno a mi alma en lo que parecía un abrazo.

—¡Ve, —dije riendo—, y la gran criatura me concedió un último abrazo antes de lanzarse a reunirse con sus hermanos, con la cola agitándose y formando una gran estela en el caos primordial a medida que se alejaba. Mi segunda hija había quedado en el medio, entre el negro y el blanco, creando su propio reino de mil colores. Era más pequeño que los otros, pero no menos grandioso—lleno de más cosas, y parecía esforzarse por estimular el crecimiento de algo por su cuenta alimentándolo con los mismos elementos, arrancados del caos primordial que los rodeaba.

Actuaba como un amortiguador para los otros dos, ya no chocando con tanta fuerza ahora que no estaban en contacto directo.

Pero necesitaba algo que lo uniera—ah.

Mientras observaba, mi segundo hijo, el dragón, atravesaba las tres capas, arrastrando tras él algo que parecía un hilo para unirlo todo. Solo que... parecía más bien un río y lo impregnaba todo, no solo donde tocaba. Algo me susurraba en la mente, y me adelanté. Estos reinos eran creaciones de mis hijos, no mías propias. Pero todavía podía ayudarlos. Algo había allí, pero... necesitaba...

¡EQUILIBRIO!

Mi poder avanzaba rápidamente, retorciéndose por toda la creación, atándola en un todo coherente. El blanco y el negro estaban en gran medida estabilizados, todavía deseando enfrentarse y mezclarse entre sí, pero imposibilitados por los elementos físicos que los separaban, prosperando en el caos. Y la sustancia de las almas, esa energía pura del espíritu, se extendía por encima y a través de todos ellos, fluyendo como un río entre ellos. ¿Y la materia del caos, la sustancia primordial? Esa se retiraba, en los márgenes, dejando espacio a estos nuevos Reinos y formando una barrera para protegerlos del Vacío, que lo devora todo.

Pronto, en la blancura creció una montaña, mientras en la negra se excavaba un valle. Un árbol surgió de los elementos, alimentado por todos, y el río de espíritus atravesaba estos reinos, mezclándolos sin ensuciarlos. Sonreí, e impulsé con ánimo, entregando toda mi fuerza. Casi toda mi energía se volcó en los reinos mientras pronunciaba una última orden, con la esperanza de ver crecer las visiones de mis hijos—y de crear espacios verdaderos para que las almas pequeñas también pudieran desarrollarse, dentro de estos Reinos. Mi mandato fue simple, esta vez.

—CRECER.

Y cuando terminé, pude sentarme con una sonrisa, observando a mis hijos maravillados por lo que se había creado. Ahora que gran parte de mi poder se había consumido, volvía a ser más yo mismo. Solo deseaba contemplar y descansar. Pero aún quedaba algo por hacer. Bueno, dos cosas. Con un destello de intención, otro fragmento de creación salió de mí para formar un brillante vaso de cristal, lleno de un líquido ámbar radiante.

descansar.

Whisky espiritual. Incluso el alcohol que mi alma podía disfrutar. Acerqué el líquido a mis labios, aún sin cuerpo, disfrutando del ardor que se deslizó por mi interior, brindando un agradable cosquilleo. Y, finalmente, liberé el último de mis instintos y pronuncié las palabras que todo ser como yo anhelaba decir en algún momento de su existencia inicial.

—QUE HAYA LUZ.

Y hubo luz.

